



ERICH FROMM

*Publicada en el periódico
"El Día". Marzo 23 y 24 de 1975.*

I

Desarrollo fantástico, deslumbrante, de la tecnología. ¿Se hace insalvable el abismo entre ésta y el humanismo? Hay aún quienes lo niegan pero todos los días nos enfrentamos a la verdad amarga: el hombre contemporáneo ha conquistado la luna pero ha perdido la felicidad. Los valores humanos tradicionales se tambalean, algunos se derrumban estrepitosamente, por falsos —abriendo campos positivos para el desenvolvimiento de la personalidad creativa— y otros desaparecen, dejando vacíos que parece no podrán ser ocupados por valores más acordes al pensamiento de la época.

Surgen nuevas corrientes filosóficas. Marcuse alcanza un éxito que suponemos insospechado por él mismo. Se le discute en todos los tonos pese a la sospecha confirmada en múltiples ocasiones de que es más lo que se comenta que lo que se lee. ¿Dónde están los grandes pensadores, los que pueden orientar la corriente del pensamiento? Privilegio de periodista-reportera-sin fin, puentes amistosos se tienden para aproximarnos a uno de ellos, el doctor Erich Fromm quien hace ya casi cuarenta años —imposible olvidar el impacto de *El miedo a la libertad*— ha dedicado su vida a estudiar el porqué y el para qué de esta problemática compleja y angustiante del hombre, en este momento de la historia universal.

México cautivó al doctor Fromm. Trabajó muy intensamente en esta capital, construyendo como paciente arquitecto-artesano la llamada corriente humanista del psicoanálisis que sitúa al hombre como resultante de un contexto social y no sólo como producto del estrecho mundo familiar. Hizo que el psicoanálisis de estudios individuales, trascendiera al de los grandes problemas sociales que conforman y deforman al hombre como tal, tanto o más que las vivencias infantiles personales.

Y Erich Fromm trabaja, tan intensamente como en aquellos días de revolucionarios planteamientos. Divide su tiempo entre nuestro país y Estados Unidos y aquí eligió Cuernavaca —que no me acuerdo qué quiere decir pero que debe significar lugar de belleza suprema— en donde vive, escribe, sigue realizando su labor de maestro, abierto a todos los puntos de vista, incógnitas y planteamientos que pueden formularse en estos días nuestros, cuando pese a todo, parece saberse menos y entenderse menos aún.

Nos había ofrecido sesenta minutos de charla. Cita a hora exacta. Llegada nuestra, anticipada ¡claro: los nervios, la preocupación viva siempre en el periodista...! Unos minutos de espera, respirando a todo pulmón el aire fresco y limpio del jardín en el que sorprende



y cautiva a nuestros ojos ennieblados de asfalto capitalino, la soberbia hermosura de una macizo de aves del paraíso, rodeadas de la apretujada ramazón verde-tierno-esmeralda-verde-verde de los naranjos que cargan ya tempranos frutos, conservando retrasados azahares que se niegan a convertirse en la redonda y amarilla naranja y siguen perfumando el ambiente.

El ruido de una puerta que se abre, nos hace saltar. Del corredor decorado con preciosas piezas de artesanía mexicana se desprende una figura que nos saluda cordialmente con la mano en alto, indicando que permanezcamos ahí, junto a los naranjos. Nos sorprende. No es muy alto, moreno, cejas muy tupidas y largas, entrecanas, de hombros anchos y rostro que rebosa salud y cálida cordialidad, en el que brillan —realmente luminosos— tras los cristales de los anteojos, los ojos intensamente azules, como el cielo mexicano.

Saludos y frases de gracias: ¡qué sorpresa! Lo imaginaba tan distinto —¿cómo?— le divierte la explicación y a trabajar. Sobre la mesita en la que queda olvidado el café coloca un reloj —redondo-guardián-ojos-tapa-bien-abiertos-abierta— que inflexiblemente empieza a marcar el tiempo.

AGRESIVIDAD Y DESTRUCTIVIDAD

El doctor Fromm está trabajando un nuevo libro. Una vez más, preocupado por el hombre, estudia y analiza sus fuentes de conflicto. Así, su trabajo en preparación se refiere a la agresividad y destructividad humanas.

—Hoy, parece que es muy moderna la tesis de que la guerra tiene como causa la agresividad del hombre y que ésta a su vez se origina en la herencia de instintos animales. Es una tesis que establecida por Konrad Lorenz alcanzó rápidamente gran popularidad. ¿Por qué es tan popular esta tesis?, debemos preguntarnos. Vemos que en el mundo hay una violencia siempre creciente y que estamos frente al gran peligro de una guerra atómica y si todo esto lo podemos explicar diciendo simplemente que es motivado por instintos humanos y animales pues...hemos dado con una respuesta tranquilizadora, que nos libera de toda responsabilidad...

Se interrumpe unos minutos, nos ofrece una nueva sonrisa y observa. Quiere asegurarse —pensamos nosotros, que estamos en la fascinación total— de que entendemos lo que está explicando. El lápiz vuela sobre la pequeña libreta que sujetamos, pero no queremos interrumpir para explicarle que no son nada más los signos taquigráficos sino todo el ser-soy-quiero-ser lo que recoge sus

expresiones. Sus manos son tan expresivas como los ojos. Se unen, se separan, trazan breves giros, subrayan... El prosigue:

—En mi opinión, esta tesis es muy peligrosa porque impide la investigación de las verdaderas causas de la agresividad y la destructividad del hombre. Se plantea una paradoja. Si todos los estudiosos del problema aceptan que el hombre es más agresivo que casi todos los animales —quizá las ratas sean una excepción— hay que buscar el porqué. Y no es fácil, no es cómodo. Por eso es tan popular el aceptar que el hombre es agresivo y destructivo por naturaleza, y ya...

“Resulta, sin embargo, que el hombre es mucho más destructivo. El animal nunca mata a un miembro de su misma especie. Los animales predatorios matan para comer; no es un problema de agresividad sino de obtención de alimento. No hay deseo de destrucción. El hombre en cambio, es mucho más agresivo que todos los animales. Si tuviera la agresividad de los primates, de los chimpancés...el mundo sería muy pacífico...”

Y quién sabe cómo mencionamos a los lobos... Sonriente, contesta:

—Sí...bien...los lobos... Son animales predatorios que matan, pero nunca se matan entre sí. El hombre es el único que se destruye a sí mismo. Mi respuesta es que la destructividad del hombre se debe no a los instintos animales sino a condiciones específicas para la existencia humana. La gran destructividad del hombre es el resultado de factores que son —repito— específicamente humanos.

—¿Cuáles son esos factores?

—Hay que distinguir entre dos tipos de agresión: la biológica, que el hombre tiene en común con el animal, aunque en el hombre es mucho más fuerte. Le explico. El animal tiene agresividad como defensa frente al ataque. Si se le toca, ¿qué puede hacer? Sólo tiene dos alternativas: huir o luchar. La agresividad del animal en general, es una reacción ante una amenaza de sus intereses vitales, cuando está en peligro su vida, la de sus cachorros o sus fuentes de alimentación, todo lo que es necesario para su supervivencia. Así, podemos concluir: la agresividad biológica es la defensa frente a una amenaza a intereses vitales...

“El hombre tiene la misma reacción que el animal pero la agresividad biológica es mucho más extensiva porque el hombre tiene un mayor número de intereses vitales. El hombre tiene imaginación; piensa en posibles peligros, los prevé y también los imagina como amenazas a sus valores, sus instituciones, a todo lo que para él es parte de su mundo, de su existencia.

“Una parte de la hostilidad del hombre tiene la misma calidad



biológica de la agresividad del animal pero como el hombre tiene la facultad de razonar, imaginar y pensar, de crear, ha construido instituciones y valores que hacen que su esfera de intereses vitales sea mucho más extensa. Ya le expliqué que la agresividad del animal es defensiva. La del hombre —que no es biológica— es difícil de explicar porque está arraigada en el hecho mismo de que siendo el hombre un animal en la naturaleza, la ha trascendido. A diferencia del animal tiene que tener un concepto del mundo, una relación con los demás y un sentido de la vida...”

—Es cuando el hombre se pregunta ¿por qué y para qué existe?

—Exactamente. Son problemas humanos. El hombre, tiene necesidad de sentir que puede ser algo en el mundo, que es algo más que polvo, que es alguien, porque de otro modo se siente totalmente perdido. Necesita sentir que puede realizar algo.

HOMMO CONSUMENS

Las palabras conocidas, familiares, adquieren un nuevo sentido. No son las gastadas frases que ruedan por el mundo para acabar por no significar nada. Cuando el doctor Fromm dice que el hombre necesita, sintetiza el hambre interior indescriptible, angustiante que impulsa, promueve, hace y también deshace, destruye al convertirse en frustración.

—El hombre —afirma el doctor Fromm— necesita probarse a sí mismo qué es; probarse que no es una cosa muerta y muchas veces... no lo logra. Este es un problema muy importante. Al no lograrlo el hombre se aburre, no se interesa en nada y se convierte en el *hommo consumens*, ocultándose su aburrimiento a través de la televisión y de tantas otras cosas. Posee ya muchos objetos, tiene automóviles —a veces, cinco— y ¿qué ocurre? Que poseedor de todo eso, se hunde en el aburrimiento... Son seres tan enfermos como los sicóticos.

“Y el aburrimiento puede producir mucha violencia. Hoy, una gran parte de la violencia es el resultado de que el hombre está más aburrido que nunca en su historia; no encuentra algo que verdaderamente le interese, es una máquina de consumo y consumir no es en realidad otra cosa que el aburrimiento. No ha aprendido a interesarse en algo...”

Interrumpimos los apuntes para bebernos la explicación de cómo se va deformando el concepto de la vida desde la niñez; de cómo al niño se le niegan elementos para construir, ahogándolo en juguetes fabricados para que los destruya y cómo se le educa o maleduca enseñándole que el triunfo es poseer, consumir, lucir lo que se

consume y ocultar la infelicidad tras una sonrisa falsa que se impone para no romper el tabú social de que quien tiene mucho, forzada y obligadamente debe ser feliz. Volvemos a anotar:

—Hoy todo se transforma en artículo de consumo, incluso la sexualidad. Muy positivo que ésta haya perdido el sentido de pecado pero lamentable que al mismo tiempo se le haya convertido en artículo de consumo y lo mismo ocurre con esa gran popularidad que ha adquirido el fumar mariguana...

“Paradójicamente, los jóvenes acusan a los padres de ser *hommo consumens* y los jóvenes lo son también: en lugar de objetos consumen sexo y droga, en una actitud pasiva...”

—¿Y el poder, doctor?

—Da la ilusión de satisfacer. Muchas cosas dan esa ilusión. El hombre es capaz de imaginar que es casi como Dios, por su poder, hasta que reafirma su falta de felicidad y de todas maneras se encuentra con un grave vacío, nada que le interese...es el aburrimiento total...

Quién sabe por qué asociamos ese gran vacío al gran esfuerzo realizado para llegar a la luna, a un mundo muerto y vacío.

—Doctor, usted mencionó que estamos frente al gran peligro de la guerra atómica. ¿Quiénes son los responsables? ¿Qué se puede hacer?

Sonríe comprensivo, mientras vemos conjuntamente que el tiempo avanza inexorable. ¿Qué ganas de cerrar la tapa del reloj!

—¿Los responsables? Quiénes manejan la política mundial. ¿Qué hacer? La única solución es el desarme atómico completo, para conjurar el peligro.

¿Y respecto a lo otro? El aburrimiento, ese gran vacío en que flota el hombre, sin encontrar respuestas a su ¿por qué y para qué? La respuesta está ampliamente planteada en *La revolución de la esperanza* —el libro más reciente del doctor Fromm, editado en español— una revolución del *hommo consumens* frente a quienes manejan la producción y la *mass media*.

Entender primero que la felicidad no es un estado de satisfacción de necesidades puramente subjetivas sino de aquellas que tienen una validez objetiva en función de la existencia total del hombre y de sus potencialidades.

Luego, que lo decisivo no es el ascetismo o la palabra, sino el consumo que afirme la vida frente a aquél que la niega.

Y finalmente, que el consumidor tiene la oportunidad de llegar a percatarse de su poder sobre la industria, dándole vueltas y obligándola a producir lo que él quiere o a sufrir pérdidas considerables por los productos que él (el consumidor) rechaza. En la revolución del

consumidor, que el doctor Fromm considera perfectamente posible, el hombre volvería a ser dueño de sus gustos y necesidades y quizá se salvaría del aburrimiento, de la nada, del vacío...

Un aparato de radio lejano pero claramente audible, nos hace llegar su mensaje: "Compre la felicidad, comprando en el fraccionamiento..."

—¿Es posible ese cambio?

En *La revolución de la esperanza* una vez más nos da la respuesta:

—La cuestión, entonces, no es que tengamos la seguridad de lograr estos cambios, ni siquiera de que sean probables, sino de que son posibles. Y posteriormente varios factores sociales han hecho posible que la clase media haya comenzado a prestar oídos a todo esto y a entrar en acción. Primero, la abundancia material, que le ha permitido experimentar que el consumo mayor no es el camino hacia la felicidad. En segundo lugar, su más alto nivel educativo, que le ha puesto en contacto con nuevas ideas que hacen que sus componentes respondan en mayor grado a los argumentos racionales. Su cómoda situación económica que vuelve a sus miembros más conscientes de los muchos problemas personales que no pueden resolver. En el fondo de sus mentes, a menudo inconscientemente, se plantean la pregunta: "¿Por qué es que nosotros, teniendo todo lo que pueda desearse, somos tan infelices y estamos tan solos y angustiados? ¿Es que algo anda mal en nuestro modo de vida, en la estructura de nuestra sociedad o en su sistema de valores? ¿Existen otras alternativas mejores?"

La revolución de la esperanza...

II

Entrevistar al doctor Erich Fromm era una de esas metas que se impone todo periodista. Hablar con él ¿de qué? Cualquier tema se vuelve noticia importante en su análisis, en su opinión. Una de las múltiples razones que podríamos esgrimir es la reciente publicación en inglés —con la esperanza de que pronto pueda conocerse en español (habrá que preguntárselo al Fondo de Cultura Económica que seguramente dirá que sí)— del libro *El Carácter Social de una Comunidad Mexicana* que es nuestra traducción de *Social Character in a Mexican Village*.

El libro, firmado conjuntamente por los doctores Erich Fromm y Michael Maccoby, es el resultado de diez años de estudio e investigación a través de un brillante equipo de colaboradores y es, por tanto, el primer estudio serio de una comunidad campesina.

En 1957, el doctor Fromm tenía ya trazado un plan general para realizar este estudio y elegido a una comunidad en particular por varias razones: por considerarla suficientemente representativa de muchas comunidades de un fértil valle y de las zonas sur y suroeste de la ciudad de México, siendo sus habitantes mestizos, mezcla de indio y español, que en sus métodos de cultivo de la tierra y en su estructura económica son esencialmente iguales a cientos de comunidades, situadas en igualdad de clima y altitud y todavía más, por integrar un ejido.

Y de este estudio nos habla el doctor Fromm:

—El libro trata del carácter social del campesino en el sentido dinámico, de la estructura de las energías que constituyen la razón de la actuación de un hombre. Está muy de moda hablar de instintos, y claro, los animales sí están determinados por ellos, pero no el hombre. Tenemos hábitos naturales como el hambre y un cierto grado de sexualidad, pero éstos tampoco son instintos fijos en el sentido en que se encuentran en el animal, en el que todo es un mecanismo determinado, dirigido por la herencia genética.

Nos hace notar que aun leyendo a los grandes novelistas, se observa la descripción del carácter de personas que actúan de manera determinada, en todos los aspectos y durante toda su vida. Nos da un ejemplo: el avaro.

—Quiere ahorrar pero no sólo desde el punto de vista racional o realista; es un avaro en todos los aspectos: sentimientos, afectos, palabras. Es un hombre que no quiere dar, sólo retener. Podemos predecir su comportamiento. Siempre actuará para retener. En otras



palabras, el carácter es la estructura de su energía orientada en direcciones especiales.

Le doy otro ejemplo: el hombre receptivo.

—Siempre quiere recibir algo. Es como un niño con la boca abierta, buscando recibir ayuda, afecto, dinero, protección. No es productivo y toda su forma de vida es esperar...que le den algo. Es un tipo dependiente de su madre o de una figura maternal, protectora. Es el tipo de hombre que siempre transforma a la mujer en madre. Pasivo; receptivo, pero no activo.

“El hombre, a diferencia del animal, no se determina por instintos pero sí por la estructura de sus energías que confirma en su niñez y en su ambiente social. Le explico todo esto para precisar a qué llamamos carácter social y cuál es su función: transformar la energía del hombre en formas que sean útiles para el funcionamiento de una sociedad en particular. El hombre del siglo pasado tuvo que ahorrar porque pertenecía a una sociedad basada en la acumulación de capital.

“En este siglo el problema se origina en que el hombre tiene que consumir más, porque la economía está basada sobre un consumo creciente, sin el cual se produciría una grave crisis en la economía. El hombre, del siglo pasado tuvo un carácter social más similar al avaro, mientras que el hombre actual es un carácter opuesto: es el hombre que quiere gastar...

Y una ve claramente que sí. Todos somos un poco responsables y culpables del pecado de comprar un montón de cosas que no necesitamos y nos hemos planteado alguna vez el interrogante de ¿para qué habré yo gastado en esto?, después de haberlo hecho, ¡claro!, nunca antes.

El doctor Fromm se esfuerza por expresarse en términos fácilmente comprensibles; asegura que su español es defectuoso, aunque no. Podemos seguirlo sin muchos apuros. Insiste en que nueve meses de ausencia bastaron para acabar con su español y continúa la entrevista.

—El punto importante es que cada sociedad requiere de un cierto tipo de carácter social, que sirva a sus intereses. La energía humana es una fuerza natural como la electricidad o el petróleo. Es utilizada no sólo en la sociedad industrial especialmente, sino también en el sentido psíquico de dar al hombre la intención de actuar en un sentido determinado como requisito de la sociedad: producir, consumir, ahorrar...hacer la guerra, someterse a la autoridad y, en otras sociedades, actuar de una manera cooperativa. Cada sociedad es distinta de otra y requiere un carácter social adecuado a su funcionamiento.

“El hombre no sabe que está siendo orientado, manipulado. Se le induce por medio de la educación, la propaganda...piensa que hace lo que quiere porque así lo quiere y no porque lo determine la sociedad en la que vive”.

—¿Siempre ha sido así?

—Sí. Sólo en una sociedad en la que el hombre fuera totalmente libre, y ésta no existe. Existieron algunas sociedades primitivas en la América del norte, los pigmeos en Africa o pequeñas sociedades agrícolas, siete a cuatro mil años antes de Cristo...En la historia del desarrollo social ha sido una meta que el hombre efectivamente sea tan libre que la necesidad social se identifique con la necesidad humana y que lo que es bueno para el hombre sea también deseable desde el punto de vista de la sociedad, pero existe una gran distancia entre lo que es bueno para el hombre y lo que es bueno para la sociedad...en algunas sociedades el abismo es muy grande, menor en otras, pero existe en todas.

Una rápida ojeada al reloj. Las manecillas avanzando. Si se descompusiera y detuviera...El tic-tac-tic-tac es perfectamente audible en los paréntesis de silencio. No queda más remedio. Escenario perfecto. Entrevista ideal, pero hay que apresurarse. También él está presionado por el reloj... Volvemos al tema. El estudio de una comunidad mexicana, campesina.

—Hemos tratado de estudiar la influencia entre los factores económicos, por una parte y, caracterológicos por la otra. ¿A qué grado los factores económicos influyen en la formación del carácter social y en qué grado el carácter influye en los factores económicos y sociales? No hay que olvidar que el carácter del campesino es idéntico en el mundo, con excepción quizá del sureste de Asia...

—...Un momento, doctor, por favor. ¿Debo entender que el carácter de un campesino mexicano es similar al del francés o del noruego?

—Son muy semejantes. No hablo, naturalmente, del *farmer* norteamericano que ha industrializado la agricultura. La similitud no es tan sorprendente pero su situación económica y la manera de producir continúan siendo tradicionales. Hablo del campesino que trabaja la tierra con el mismo instrumental que usaba hace cien años y que nunca obtiene una utilidad más allá de la que le permite tener una vida un poco superior a la pobreza, que depende de factores que no puede determinar ni controlar...

—¿Cuáles son las características que observó a lo largo del estudio? (Cabe aclarar que insistió enfática y enérgicamente, con su modo suave y su voz afectuosa, en no identificar la población en la que



se llevó a cabo el estudio.)

—El carácter del campesino que hemos estudiado lo llamamos acumulativo-productivo. Quiere decir lo anterior que en general tiene una tendencia acumulativa; es cauteloso al gastar, un poco suspicaz, muy individualista y el que logra superar una etapa, conserva el tipo acumulativo pero se vuelve también productivo, con imaginación y algo de creatividad. No es el hombre que sólo quiere acumular; tiene interés en su trabajo, en su familia, en el mundo...

“Podimos observar que el campesino de carácter acumulativo productivo es el que tiene mayor éxito como campesino, mientras que el de tipo receptivo espera siempre que alguien —el patrón o el gobierno— vaya a darle algo, a ayudarlo. Así, pudimos observar que quienes tienen el carácter pasivo-receptivo tienen menos éxito económico que aquellos que son productivo-acumulativo.

“Encontramos que no hay una gran tendencia a cooperar; predomina la suspicacia pero también hemos encontrado que se pueden crear condiciones que estimulan mucho el sentido de cooperación, de actividad e interés. Observamos que instituciones como CONASUPO pueden ser de un sentido muy positivo y pudimos estudiar la diferencia caracterológica entre hombres y mujeres, el problema del alcoholismo, el del machismo, en fin...”

—¿Cómo definiría entonces, el carácter del campesino mexicano?

—Como una mezcla del carácter productivo-acumulativo y del receptivo, con pocos ejemplos de lo que yo llamo el carácter explotador que es de la gente que ya usa las posibilidades del mercado moderno para acumular capital y vivir, por ejemplo, comprando y vendiendo, alquilando camiones o invirtiendo dinero en otras formas. Pudimos precisar —y esto es muy interesante— que la vida del pueblo está determinada por el grupo de los ricos pero que éstos tampoco adoptan conductas que sean rechazadas por la mayoría.

Realizar el estudio no fue fácil desde ningún punto de vista. Hay que imaginar la impresión que habrá causado este grupo, tratando de explicar qué intentaban hacer y por qué y para qué. Seguro se encontraron con el silencio por respuesta hasta lograr romper esa muralla invisible que sabemos tender los mexicanos. Quien sabe cuántas horas, días, semanas, hicieron falta para tender el puente, desbaratar sospechas, convencer de que no iba a hacerse ningún negocio ni se pretendía explotar. Simplemente saber y a veces uno piensa que los mexicanos no queremos que se sepa y tampoco queremos saber.

Pero ellos —el doctor Fromm y su grupo— pudieron, supieron cómo acercarse. Dictaron conferencias, exhibieron películas,

participaron en las actividades tanto de trabajo como sociales y familiares. No dudamos que más de alguno haya resultado compadre, con el transcurso del tiempo. Pero al fin, todo ese intenso trabajo de preparar cuestionarios, evaluarlos, buscar datos, precisar, dio resultado y contamos ya con un estudio —el primero— que será base para muchos otros.

Imposible sintetizar las distintas etapas del trabajo. Una de las más importantes, por significativas —en nuestra modesta opinión— fue la de la búsqueda de fórmulas que estimularan la conducta cooperativa.

Quisiéramos poder imaginar al doctor Fromm, tan tranquilo, tan señor, tan maestro como lo vemos en estos momentos, organizando y dirigiendo todo el trabajo.

Y al doctor Maccoby organizando una cría de pollos, en cooperativa, como un primer intento que no tuvo éxito. Sin desanimarse, el doctor Maccoby se lanzó a un segundo intento:

Organizar un club con muchachos, gente joven —de 12 a 16 años— que empezó sembrando maíz híbrido en tierras de la escuela que había prestado el comité escolar. Es conmovedor el relato de los obstáculos encontrados y superados. El principal, falta de sentido de cooperación aun entre los propios muchachos.

Y un día se fueron. Los dejaron solos. Al regreso, pese a que todo había marchado más o menos bien, la timidez, el silencio, los ojos bajos, el miedo heredado hace cuatro siglos, el no atreverse, el no arriesgarse...

Y luego, lo que constituyó el paso definitivo. Ante tantas dificultades, se pidió la cooperación de los padres. Parecía que iba a resultar inútil. Ellos, más que los jóvenes, eran fatalistas. Igual que como había ocurrido siempre, cualquier intento de cooperación fracasaría en el pueblo. Lo mejor era olvidarse del asunto...

Fue entonces cuando ocurrió el cambio. Del grupo inicial de veinte, quedaban seis que seguían firmes y uno o dos que aparecían por el club eventualmente. De la discusión con los padres surgió paradójicamente la decisión de seguir adelante y empezaron realmente a cooperar, a ayudarse mutuamente, a repartirse las tareas y algunos a buscar otros horizontes...

¿Qué había ocurrido?

Se había roto la actitud sumisa ante la autoridad y no a través de una crítica o rebeldía emocional. Pudieron ver a sus padres tal como eran y sintieron que obstaculizaban su oportunidad para desarrollarse. Entendieron de pronto que su actitud sumisa, de temor a recibir su castigo, los hacía pasivos e incapaces para juzgar por sí

mismos. Alguno de ellos expresó: “Ahora sé lo que ustedes quieren decir cuando hablan de la diferencia entre temer y la habilidad para responder. Antes, siempre le di de comer a nuestra vaca porque tenía miedo de que mi madre me pegara si no lo hacía; la semana pasada vi por primera vez a la vaca y entendí que estaba viva y que moriría si yo no le daba de comer y nunca más se me ha olvidado alimentarla.”

Una de las conclusiones a que llega el estudio: Que al producirse una conjugación de condiciones nuevas, distintas, el carácter tradicional del campesino puede cambiar hasta un considerable nivel, y que la conducta tradicional puede variar del antagonismo y el egoísmo a la cooperación. El problema principal es encontrar esas nuevas condiciones que en forma sistemática sean capaces de producir los cambios. Y esto sólo puede alcanzarse a través de una organización de vida social conducida hacia el incremento de los elementos productivos en la estructura misma del carácter social.

“El estudio, dice el doctor Fromm en sus conclusiones, fue un intento de probar la teoría del carácter social, la energía humana es estructuralizada dentro de las normas de carácter comunes a la mayoría de los miembros de una clase y/o una sociedad; que el carácter social motiva a esos miembros a conducirse en determinada forma para responder a objetivos socio-económicos, con la óptima energía y el mínimo de fricción o conflicto. Que el carácter social es el resultado de la adaptación de la naturaleza humana a determinadas condiciones socioeconómicas y en segundo término, tiende a estabilizar y mantener esas condiciones.”

La comunidad estudiada confirmó la teoría. Confirmó también que el proceso de industrialización, de enajenación creciente y de requerimientos de comodidades, así como los nuevos valores de la sociedad industrial, influyen profundamente la mentalidad del campesino a pesar de que, económicamente, apenas participa en la nueva estructura.

Lo que estos investigadores encontraron en esta comunidad, al igual que en muchas otras sociedades campesinas de todo el mundo, fue la marcha victoriosa del espíritu del industrialismo tecnológico destruyendo los valores tradicionales y sustituyéndolos con...nada, excepto una vaga nostalgia por la buena vida urbana. Películas baratas substituyen la alegría de las fiestas populares; la televisión desplaza el teatro de aficionados; la radio reemplaza a la banda local y la plaza de asfalto a la de pasto, árboles y flores.

El campesino está en una doble desventaja: ha perdido su propia cultura y no ha ganado las ventajas materiales de la población urbana. Es no solamente pobre en lo material, sino que se le hace

sentir humanamente retrasado, subdesarrollado. Sueña con una vida mejor para sus hijos, pero apenas unos cuantos logran alcanzarla. Y si la alcanzan ¿es realmente una buena vida? Todos los intentos para impulsar al campesino para que se adapte mejor a la vida urbana solo refuerzan el proceso de privación humana, sin darle más, en el mejor de los casos, que la creencia en un paraíso de consumo al que sus nietos quizá podrán penetrar un día.

¿Existe solución al dilema? El doctor Fromm estima que cualquier intento de contestar trascendería las proyecciones del estudio. Sin embargo “sí creemos que el futuro del campesino depende, entre otros factores, de una mejor comprensión de su carácter, y, de un mucho mayor entendimiento de sus necesidades y anhelos, en la interacción con su situación económica. Esperamos que este estudio estimule otros que continúen la investigación del carácter y de las condiciones socioeconómicas”.

El reloj —creo que vamos a adquirir fobia por los relojes— marca la hora fatal. Concluyeron los sesenta minutos y nuestro entrevistado con toda su cordialidad pero firme, da por concluida la entrevista.

—Lo siento, nos dice, pero tengo absolutamente programado mi tiempo. Escribo hasta las tres de la tarde y a partir de las cinco ya ve usted, recibo amigos y gentes que vienen a trabajar conmigo. Otro día, quizá, será posible, continuar la charla.

—Gracias, doctor.

Y nos llevamos muchas emociones y los ojos llenos de la belleza, el verdor, la frescura de este jardín. Misión cumplida. Gracias, amigos. Gracias, Erich Fromm. Terminó nuestra misión. A usted le queda todavía mucho trabajo pendiente: ayudar a que podamos entender mejor el mundo que nos ha tocado vivir.



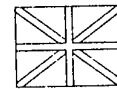
200110

Cuando el árbol daba frutos

SARA MOIRÓN

F
1210
M394
1986

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke.
Veröffentlichungen - auch von Teilen - bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



ediciones gernika

SEP